Un peregrino

Gustavo Arribas

Capítulo 1

Érase una vez un viajero intrépido y no un gandul, un peregrino tan valiente que vagaba por el país sin siquiera levantar el pie. Más allá de los prados, los puertos, las llanuras y los palacios, fue sin pereza para encontrarse con personas fascinantes y paisajes peligrosos.

Para comer y dormir, el peregrino se ofreció a cambio de comida y comida para contar a todos los asistentes emocionantes historias de países lejanos. Sabía tan bien hacer el payaso y las piruetas que todos los que se cruzaban en su camino compartían con gusto sus tiritas.

Siempre con prisa por ir donde aún no había puesto un pie, el peregrino nunca pensó en descansar.

- ¡Por supuesto, ni una vez, ni una vez! Es un secreto a voces: frenar es pudrirse; progresar no es machacar!

A medida que sus historias se volvían cada vez más precisas y ricas, poéticas y eruditas, la peregrina sintió una tensión en sus músculos. Fue en la noche de una tormenta sin precedentes, febril bajo la lluvia torrencial y tullida por los dolores, que la peregrina tuvo que refugiarse con un piadoso pastelero que le había brindado su hospitalidad.

El pastelero, además de amasar panes, panettones, petits-fours, budines, pralinés y profiteroles, pudo elaborar los mejores purés de guisantes de todo el país. Nadie sabía por qué, la papilla espesa y verdosa que servía en su puesto curó los problemas de todos los que la comieron.

Al degustar el famoso puré, el peregrino, como tantos otros, se quedó prendado de su bienestar, lánguido y vaporoso hasta el punto de caer en manzanas. Durante 4 días y 4 noches, el pastelero se ocupó de la peregrina dormida y la tendió sobre una pila de veinte colchones rellenos de plumas de ganso.

Mientras duró su sueño plomizo, la peregrina tuvo un único y mismo sueño: soñó que era un guisante.

Atrapada en un tornillo de banco en un sobre de guisantes partidos como bajo un edredón, sintió la piel verde de las paredes redondas y regordetas; pequeño bolsillo opaco y cómodo. Diminuta y acurrucada en

una bola, podía masajear las plantas de los pies contra su capullo de plantas. El olor de esa piel, preñada y embriagadora, embalsamaba sus fosas nasales con una nota vegetal y nunca se había sentido tan perfectamente serena.
Pasaron 4 días, 4 noches y luego el peregrino se despertó en gran forma, listo de nuevo para viajar por el mundo.

- ¡Pastelero, qué bondad! Me llevaste a tu cama y me dejaste echar raíces. Te debo un relato limpio y único: te voy a contar mi extraño sueño… dijo el peregrino para lanzarse al relato preciso de su larga noche.

El pastelero lo escuchó con atención y le dedicó una gran sonrisa antes de contestar.
- ¡Eso es un presagio, peregrino! Creo que deberías quedarte, gorjeó animadamente.
- ¿Una profecía de guisantes? ¡Tonterías y pérdida de tiempo! protestó el peregrino, seguro de tener que reanudar su viaje.

- Harás lo que mejor te parezca, pero antes de irte y ponerte las piernas alrededor del cuello, ten paciencia y escucha mi secreto. Lleno de una curiosidad incontenible, el peregrino aceptó sin dudarlo.
- Por mi barba, no te andes por las ramas, ¡cuéntame tu secreto!

El pastelero señaló la pila de colchones en los que ella había estado descansando y levantó uno para mostrárselo.
- Verá, debajo de las sábanas, coloco guisantes. Las bolitas se presionan y aplanan por el peso de los invitados. Los que albergo aquí comparten en su sueño su pacífico descanso con los guisantes colocados debajo de ellos.

- Placer ?
Al ver los guisantes aplastados debajo de la cama, el peregrino recordó el loco placer que se había apoderado de ella cuando tragó el puré. Con un incomprensible ataque de empatía, el peregrino comenzó a llorar.

Al oler el olor peculiar, acababa de darse cuenta de que la pequeña casa del pastelero, donde una multitud de personas hacían fila hambrientas de pan, guisantes e historias emocionantes, podría ser su primer hogar.

Tomó en brazos a la pastelera, enamorada de esta traviesa anfitriona, se quitó las botas y nunca más se fue, excepto para dar un paseo.

Se dice que el peregrino y el pastelero han hecho desde entonces la felicidad de todo el país; reinas y campesinos afluyen de todas partes para divertirse y deleitarse con los platos y la compañía de este perenne

equipado.